

Mis Peripeccias en España

Lev Trotski

Traducción de Andrés Nin

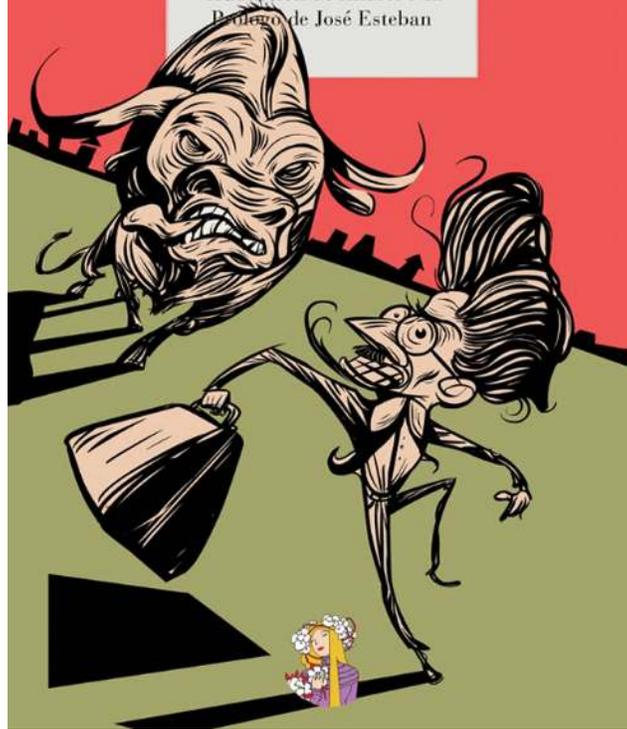
Prólogo de José Esteban



Mis Peripeccias en España

Lev Trotski

Traducción de Andrés Nin
Diseño de José Esteban



Mis Peripecias
en España



Primera edición en REINO DE CORDELIA, enero de 2012

[Basado en la edición publicada por la editorial España en 1929]

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B

28016 Madrid

Prólogo de © José Esteban, 2012

Cubierta de © Raúl Arias, 2012

Traducción de Andrés Nin

Ilustraciones de K. Rotova

ISBN: 978-84-939798-1-2

Diseño: Jesús Egido

Edición y Maquetación: Chema Izquierdo

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Los eBooks no son transferibles. No pueden ser vendidos, compartidos o regalados ya que esto constituye una violación a los derechos de esta obra. El escaneo, carga y distribución de este libro vía Internet o vía cualquier otro medio sin el permiso del editor es ilegal y castigado conforme a la ley. Por favor compre solamente ediciones electrónicas autorizadas y no participe o fomente la piratería electrónica de materiales protegidos con derechos de autor.

LIBRO SIN LIBRO, 2012

www.librosinlibro.es

Mis Peripecias en España

Lev Trotski

Traducción de Andrés Nin

Prólogo de José Esteban

Ilustraciones de K. Rotova



Prólogo

por José Esteban

I EL VIAJE

EXPULSADO DE FRANCIA por germanófilo, el revolucionario ruso Lev Trotski vino a España en 1916. Persona compleja en la que rivalizaban el hombre de acción y un fuerte temperamento literario, se limitó a sufrir pasivamente su pintoresca odisea entre nosotros. Tomó notas de su accidentado viaje y el resultado es este pequeño librito.

La fortuna de estas sinceras y apresuradas páginas no ha sido muy fructífera en nuestro país. Traducido al español por Andrés Nin, apareció en la Editorial España en 1929, con una introducción de su propio autor.

Las únicas personas conocidas que menciona en su libro son tres: el socialista francés Després^[1], que era gerente de una Compañía de Seguros y que le ayudó económicamente; el gran periodista don Roberto Castrovido, que, aunque no llegó a conocer al revolucionario ruso, interpeló en el Congreso al Gobierno de Romanones sobre el caso de su detención, y Daniel Anguiano^[2], secretario del partido socialista en aquellos días. Després, que era el que nos hubiera podido facilitar más datos, desapareció de Madrid sin dejar rastro. Don Roberto Castrovido nos dijo que no tuvo el gusto de conocer a Trotski. Fue un día a la Cárcel Modelo para visitar a Torralva Beci, que se hallaba preso; allí le hablaron de un detenido ruso, de extraordinaria y arrolladora personalidad. Al poco tiempo, Castrovido

interpelaba en el Congreso sobre la detención del “pacifista” ruso, sin obtener ningún resultado. Particularmente, el conde de Romanones le dijo:

—Se trata de un sujeto en extremo peligroso, expulsado de Francia por sus ideas, a quien la Policía francesa nos lo ha entregado encargándonos mucha cautela. Ningún interés tenemos en retenerlo; por el contrario, nuestro deseo es deshacernos también de él.



Dos imágenes de un joven Lev Trotski.

Días después, Trotski fue conducido a Cádiz. Castrovido no volvió a tener otras noticias que una carta, escrita en castellano, en la cual le daba las gracias por su intervención en el Congreso.

El socialista Anguiano sí llegó a conocerlo y aún recuerda la impresión tan fuerte que le produjo. “En su mirada escrutadora —dice— se adivinaba la energía sobrehumana de este hombre”.

Se hospedó en una pensión modestísima de la calle del Príncipe, pues andaba mal de dinero. Un obrero ruso, residente en Madrid y que presentía el papel que habrían de jugar Lenin y Trotski en la futura revolución rusa, fue a la cárcel con Anguiano y sostuvo con el detenido una muy larga conversación.

Un día, antes de entrar en la cárcel, el revolucionario contó en la casa de huéspedes:

—He sido expulsado de Alemania por francófilo; de Francia, por germanófilo. Claro está que yo no soy una cosa ni otra; soy un socialista que ve en la guerra una consecuencia fatal y lógica del sistema capitalista;

nuestra misión no ofrece dudas; consiste en aprovechar el desequilibrio y el hambre creados por la guerra para excitar a las masas a la revolución.

El día en que salió en dirección a Cádiz, Anguiano fue el encargado de acompañarle a la estación. En el escaparate de una repostería de la calle de Carretas vio un pollo asado. Pidió precio, y al saber que costaba seis pesetas, le pareció caro, pero al fin, no sin regatear, se lo llevó para cenar. (Mencionamos este nimio detalle porque refleja su terrible situación económica).

Y en la calle, le dijo a Anguiano:

—Compañero, usted es un hombre de partido y tendrá, sin duda, otras obligaciones más importantes que acompañarme a la estación. Como quiera que entre nosotros huelgan en absoluto las formalidades sociales, le ruego que vaya a cumplir con su deber.

Anguiano replicó:

—No es para realizar un mero formulismo por lo que le acompaño; yo no puedo dejarle mientras no tenga la evidencia de que usted sale para su destino sin ningún tropiezo.

—En ese caso, vámonos.

El líder socialista estaba muy lejos de imaginar que había conocido a figura de tal calibre. “Más tarde — confesó— tuve el placer de escucharle en un mitin en Leningrado. Así como Lenin era un orador fogoso

y arrebatador, un desbordado torrente de pasión, Trotski es un orador reflexivo, que, no obstante, conmueve a las muchedumbres. Su palabra está



Trotski junto al dirigente del Partido Social-demócrata de Rumanía Christian Rakovski.

cargada de pensamiento y de fuerza. No olvidaré nunca su silueta aguda y flemática, su rostro de líneas angulosas, que refleja una energía sobrehumana”.

Y esto es lo que sabemos del paso del revolucionario por España.

II EL AUTOR

EL LIBRO APARECIÓ —como dijimos— en 1929. Hay en sus páginas un humorismo acre, de un tono completamente eslavo y en el que su autor se muestra agudo y curioso, así como incisivo y crítico. Podemos decir que el revolucionario leyó claro y hondo en muchas de las cosas que vio en España. Y este breve, pero muy sustancioso relato, le acredita de sicólogo así como de gran observador.

Andrés Nin^[3], traductor del libro, conocía el deseo de Trotski de escribir un prólogo para la edición española. Los editores se pusieron en contacto con el autor en su destierro de Constantinopla, y cuando ya desesperaban, apareció, ya compuesta la obra, con una carta en francés, el prólogo escrito en ruso. Traducido por Tatiana Enco de Valero, se puso al frente de la edición, que reproduce, como graciosa curiosidad, los grabados de la edición rusa de 1926, originales de K. Rotova.



Lenin y Trotsky (arriba) se dirigen al pueblo ruso. Stalin depuró gráficamente a Trotsky (abajo) cuando advirtió que resultaba un molesto competidor en el partido.

La curiosa edición se enriquece con una semblanza del revolucionario escrita por Álvarez del Vayo. “Ya desde un punto de vista político, literario o simplemente humano, su silueta fascina lo mismo en la cumbre del poder que en el destierro. Tiene el atractivo singular que ofrece todo riesgo”.

Su novelesca vida, así como su no menos novelesca muerte^[4], ha hecho correr ríos de tinta. Su rebelión juvenil en la escuela de Odesa descubre ya una personalidad atrayente y sugestiva, que hizo exclamar a su profesor de Historia:

—Este demonio de muchacho dará que hacer algún día.

(También el padre de Kerenski, en cuya escuela estudió Lenin, quedó un cuarto de hora bien claro mirando fijamente al que un día iba a desalojar del poder a su hijo).

A Trotski se le destinaba para ingeniero. “Pero él era de los llamados a trazarse por sí mismo su propio destino. Entre las veleidades de su adolescencia, dos inquietudes le dominan: la preocupación literaria, que no ha de abandonarle nunca, y el sentimiento de solidaridad con los oprimidos por el régimen zarista”.



Trotski yace en la cama del hospital en el que fue atendido sin éxito tras ser atacado con un piolet por el catalán Ramón Mercader.

Su participación en la revolución de 1917 puede considerarse su gran obra como creador del Ejército Rojo, donde demostró sus dotes de organizador, de trabajador incansable, sin renunciar para ello a la literatura, a sostener una polémica con Kautsky o a dictar a su secretaria en Moscú, desde su tienda de campaña, docenas de artículos y proclamas, hasta que la muerte de Lenin hace surgir la violenta polémica interna del partido.

Después, desde el destierro, confinado primero en Alma Ata, y ahora (en la fecha de aparición del libro, 1929) en Constantinopla, y hasta su violenta muerte en México, continuó dando muestras de su energía indomable, puesta al servicio de la revolución permanente y su

convencimiento de que el socialismo no podía instaurarse en un sólo país y, sobre todo, si éste, era económicamente atrasado.

III

EL LIBRO, *MIS PERIPECIAS POR ESPAÑA*

EN LA CÁRCEL MODELO DE MADRID, en el tren, en el hotel de Cádiz, Trotski apuntaba sus impresiones, sin un fin determinado. Sus cuadernos de apuntes le acompañaron luego a través del Atlántico, en la hospitalidad que disfrutó del rey de Inglaterra, en el campo de Concentración de Canadá y volvieron con su autor hasta Petrogrado. En el torbellino de su vida se olvidó de esos ligeros apuntes. Pero ya en 1924, hablando con su amigo Voronski, mencionó de pasada sus apuntes sobre España. Entonces, Vorosnki, que dirigía la mejor revista literaria soviética, con su energía acostumbrada, le obligó a buscar sus apuntes y a ponerlos en orden. Así surgió este librito. Otro de sus amigos, Andrés Nin, decidió traducirlo al español.

El Gobierno español no le dejó tiempo, se lamenta Trotski, para perfeccionarse en la lengua de Cervantes. “Sería inútil buscar en este libro cuadros más o menos amplios de las costumbres o de la vida política y cultural de España. (...) Entré en este país como expulsado de Francia y residí en él como detenido en Madrid y como vigilado en Cádiz, en espera de una nueva expulsión”.

Según, pues, su autor, sólo recoge las impresiones, con toda su espontaneidad, recopiladas en el viaje de Irún, San Sebastián y Madrid, hasta Cádiz, y de allí otra vez a Madrid y a Barcelona, para desembarcar, dejando atrás Europa, al otro lado del Atlántico.

Y termina así su prologuito: “Pero si este librito puede despertar el interés del lector español e inducirle a penetrar en la psicología de un revolucionario ruso, no lamentaré el trabajo que ha hecho mi migo Nin para traducir estas páginas escuetas y sin pretensiones”. Y lo fecha y data en Constantinopla, en junio de 1929.

Y poco más. Adéntrese el lector en estas singulares páginas, llenas de aciertos acerca del país y de los españoles, de nuestra Policía y de nuestras cárceles. Por fin, el 13 de enero, domingo, de 1917, el revolucionario llega a Nueva York. “Cielo gris sobre el agua verde-gris. Gotas de lluvia. El barco se pone de nuevo en movimiento. Orillas veladas por la niebla. Árboles de invierno. Edificios de puerto. Todo predice la gigantesca mole que por ahora se oculta aún en el amanecer brumoso.

”Aquí termina España”.

JOSÉ ESTEBAN